ENCUENTROS

Hölderlin y los U'wa:
una reflexión sobre la naturaleza y la cultura frente al desarrollo

Conferencia de
William Ospina

CENTRO CULTURAL DEL BID

Coordinador General y Curador: Félix Angel
Asistente del Coordinador General : Soledad Guerra
Coordinadora de Conciertos y Conferencias: Anne Vena
Coordinadora del Programa de Desarrollo Cultural: Elba Agusti
Asistente de Manejo y Conservación de la Colección
de Arte del BID: Susannah Rodee y Florencia Sader

●

El Centro Cultural del BID fue creado en 1992 por Enrique V. Iglesias, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El Centro tiene dos objetivos principales: 1) contribuir al desarrollo social por medio de donaciones que promueven y cofinancian pequeños proyectos culturales con un impacto social positivo en la región, y 2) fomentar una mejor imagen de los países miembros del BID, con énfasis en América Latina y el Caribe a través de programas culturales y entendimiento mutuo entre la región y el resto del mundo, particularmente de los Estados Unidos.

Las actividades del Centro en la sede promueven talentos nuevos y establecidos provenientes de la región. El reconocimiento otorgado por las diferentes audiencias y miembros de la prensa del área metropolitana de Washington D.C., con frecuencia ayudan a impulsar las carreras de nuevos artistas. El Centro también patrocina conferencias sobre la historia y la cultura América Latina y el Caribe y apoya emprendimientos culturales en el área de Washington D.C. relacionados con las comunidades locales latinoamericanas y del Caribe, como por ejemplo, el teatro en español, festivales de cine y otros eventos.

Las actividades del Centro, a través del *Programa de Artes Visuales* y de la *Serie de Conciertos y Conferencias*, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento de la cultura de los países americanos. El *Programa de Desarrollo Cultural* se estableció en 1994 para apoyar proyectos en América Latina y el Caribe que impulsan el desarrollo cultural comunitario y la educación artística de jóvenes en el nivel local, y provee apoyo institucional para la conservación del patrimonio cultural, entre otros aspectos. La *Colección de Arte del BID*, conformada a lo largo de muchos años, es asimismo administrada por el Centro Cultural. La Colección refleja adquisiciones que van de acuerdo con la relevancia e importancia hemisféricas que el Banco ha logrado después de cuatro décadas de existencia como institución financiera pionera en el desarrollo de la región.

© Banco Interamericano de Desarrollo y William Ospina. Derechos reservados.

HÖLDERLIN Y LOS U'WA:
UNA REFLEXIÓN SOBRE LA NATURALEZA Y LA CULTURA FRENTE AL DESARROLLO

William Ospina

Tras el sueño de la canela

Hace 462 años, Gonzalo Pizarro invirtió la riqueza obtenida con el saqueo del Cuzco en armar una expedición desmesurada y delirante que se proponía hallar el país de la canela. Nativos de las montañas le anunciaron que más allá de los montes nevados de Quito, yendo hacia el Este, había un extenso país de caneleros, y como en aquellos tiempos la canela era tan codiciada como el oro, Pizarro no vaciló en perseguir esa comarca riquísima. 240 españoles—cien a caballo, ciento cuarenta a pie—, cuatro mil indios, dos mil llamas cargadas de armas y herramientas, dos mil perros de presa y dos mil cerdos remontaron el costado seco de la sierra, orillando los montes nevados —donde muchos indios hallaron la muerte—, y alcanzaron la otra vertiente de la cordillera, donde la vegetación es exhuberante y los arroyos y torrentes conjuntan sus aguas en ríos cada vez más anchos, que muchos días más abajo se convierten en el infinito Amazonas.

Llegados por fin a la región de la que habían hablado los indios, allí encontraron los ejemplares de canela que éstos habían mencionado, y que en verdad utilizaban para aromatizar sus bebidas, pero descubrieron que era una variedad de canela americana muy distinta de la lujosa corteza oriental, y tan dispersa en los bosques de la región que no tenía ninguna aplicación comercial posible. En aquella época, los aventureros ansiaban hallar en el equinoccio, como en Europa, bosques de una sola especie, pero muchas personas ignoran, aun cinco siglos después, que en esas regiones la fecundidad de la tierra es inseparable de su diversidad: en cada metro cuadrado hay muchas especies distintas, y todo cultivo extensivo agota la tierra en poco tiempo. La expedición había resultado un fracaso, y la locura criminal de Pizarro, al ver perdida su inversión, hizo que entregara la mitad de los indios a la voracidad de los perros, y que a muchos de

La conferencia *Hölderlin y los U'wa: una reflexión sobre la naturaleza y la cultura frente al desarrollo* se presentó en el Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, D.C., el 29 de julio de 2004, como parte del Programa de Conferencias del Centro Cultural del BID.

los que quedaban los quemara vivos junto a los falsos caneleros con que se topó. Hoy sabemos que la selva amazónica es el mayor tesoro del planeta, pero aquellos hombres sólo iban buscando entonces pequeños tesoros, que pudieran ser rápidamente apropiados y explotados. Por eso, aunque una de las consecuencias de esa expedición de 1542 fue, para los europeos, el descubrimiento del río Amazonas, lo que a todos les quedó de aquel viaje fue el inconfundible sabor del fracaso.

Una mirada deslumbrante... pero equivocada

Los hombres de la conquista parecían esforzarse por no hallar en América nada que fuera radicalmente nuevo: querían reconocer en lo que veían las obsesiones de su mundo de origen. América fue primero un sueño antes de ser un continente, y en ese sueño convergían muchas de las fábulas que Europa alimentó por siglos. Colón navegó por la desembocadura del Orinoco, por el golfo de Paria y las costas de Venezuela, seguro de que estaba viendo las orillas del Asia. Los navegantes veían lo que esperaban ver: sirenas y gigantes, indios y amazonas. Si es verdad, como dijo el filósofo, que "sólo vemos en las cosas lo que ponemos en ellas", el descubrimiento de América es un ejemplo perfecto de cómo la memoria y la esperanza, a menudo, no nos dejan ver lo que tenemos ante los ojos. Esa actitud se perpetuó en costumbre, porque nuestra América siguió siendo interpretada, durante siglos, a la luz de lo que Europa pensaba de ella. Así como buscaban en la Florida la fuente de la eterna juventud, en el país de los muzos la ciudad de las esmeraldas y en la Amazonia el país de la canela, así buscaron incansablemente la ciudad de oro que debía poner fin a los desvelos de los alquimistas, y la leyenda de Eldorado atareó muchas expediciones durante cientos de años, y volvió dorado el nicho de las ábsides en los templos católicos, hasta remansarse finalmente en fábula en las páginas del *Cándido* de Voltaire.

Es extraño buscar en una región del mundo lo que sólo existe en otra, pero también es arduo y extraño nombrar una región con una lengua nacida para hablar de un mundo muy distante. Ese fenómeno también ocurrió aquí, en la América del Norte, pero al menos los Estados Unidos se parecen a Europa en el régimen de sus climas, en parte de su fauna y de su vegetación. La diferencia entre España y las regiones equinocciales es mayor, de modo que cuando llegó a nuestras tierras la lengua castellana, siendo ya una lengua tan madura que estaba en vísperas de quedar perpetuada en el *Quijote*, había siempre un desajuste entre la realidad y el lenguaje. El español no tenía palabras para nombrar lo que era específicamente americano: los árboles, los pájaros, los climas, los pueblos nativos, sus costumbres, sus indumentarias y sus mitologías; y convencido de ser una lengua superior, se resistía a pronunciar los nombres indígenas de frutos, de animales, de objetos y de personas.

El poeta de la desmesura

No hace mucho tiempo escribí un libro, *Las auroras de sangre*, sobre Juan de Castellanos, el primer poeta en lengua castellana del Caribe, Colombia y Venezuela, para mostrar cómo ese hombre, que escribió en el siglo XVI el poema más extenso y uno de los más originales del mundo, padeció tratando de convertir en poesía la realidad desmesurada de los trópicos, pero no fue reconocido como poeta por los eruditos y los críticos de Europa porque se atrevió a ver lo que había realmente en América, y utilizó palabras de las lenguas indígenas del Caribe y de los Andes para designar todo aquello que no tenía nombre en castellano. La preceptiva de aquel tiempo era rígida, la realidad estaba simétricamente dividida entre lo poético y lo prosaico, y un panteón de dioses griegos que en verdad eran ya sólo mármoles, un herbario de metáforas y un catálogo de tropos literarios se tornaban obligatorios para todo el que intentara hacer poesía. Lo que allí se demostró es que un poeta que quisiera patentizar con crudo realismo y con extrema probidad la sustancia de aquellas conquistas y la extrañeza de las tierras nuevas, terminaba siendo rechazado. Todavía en el siglo XIX, el más importante crítico español, Marcelino Menéndez Pelayo, declaró que la obra de Juan de Castellanos no era poesía, porque el poeta había llenado sus versos de palabras bárbaras y exóticas que afeaban la sonoridad clásica de la lengua, de modo que más bien había perpetrado un engendro monstruoso que no tenía igual en ninguna literatura. Las palabras que le parecían bárbaras al crítico eran los nombres de los nativos de América que habían dejado su vida en las lanzas españolas, y términos como "hamaca", "bohío", "iguana", "canoa", "huracán", "tiburón", sin los cuales ya es inconcebible el idioma.

Eso que ocurrió en el campo de la literatura tuvo su correlato también en todos los otros dominios de la realidad. Europa vio en nuestra América lo que quería ver, y se obstinó en no ver lo que se apartaba de sus expectativas. Una vez asumido que América era en verdad un continente nuevo, los Reyes Católicos querían que nuestros suelos se llenaran rápidamente de viñedos y de cipreses, para que el paisaje dejara de ser bárbaro y para que las simetrías y las armonías de la geografía europea les contagiaran su belleza a las tierras recién conocidas. Muchos sabios europeos propalaron la teoría de que la naturaleza americana era rústica y degenerada, y lo mismo pensaban de los hombres de América. Buffon afirmó que no sólo la naturaleza era de menor tamaño que en Europa, sino que los propios productos europeos, al llegar a América, se debilitaban. Tuvo que venir Humboldt, en los albores del siglo XIX, a sugerirles a Hegel y a todos los supersticiosos de la superioridad europea que vinieran a comprobar por sí mismos la debilidad de los grandes caimanes del Magdalena. Pero aún en el siglo XX había en Colombia profesores que hablaban de la necesidad de importar blancos europeos para mejorar la raza, postura que se extendió, y acaso persiste todavía, en todo el continente.

Por supuesto que hubo desde el comienzo grandes espíritus, como el de Juan

de Castellanos, como el de Bartolomé de las Casas o como el de Vasco de Quiroga, que apreciaban a América, a su gente y a su naturaleza por lo que ellas eran realmente. Muchos cronistas, empezando por Gonzalo Fernández de Oviedo, miraron a América y forzaron al lenguaje a mostrarla. Muchos investigadores, como el sabio José Celestino Mutis, director en Colombia de esa admirable aventura a la vez científica y estética que fue la Expedición Botánica, se aplicaron a reconocer la singularidad de la naturaleza y a compartir ese conocimiento con el mundo. Pero la actitud oficial, como bien lo afirmó Germán Arciniegas, fue menos la de descubrir que la de cubrir el mundo americano con todo el ropaje ilustre de la civilización europea, y acompañar así el esfuerzo por civilizar, en el sentido de europeizar el paisaje, las costumbres, las instituciones, los proyectos. Uno pensaría que esa fue sólo la actitud de nuestra época colonial, pero la verdad es que después de declarada formalmente la independencia política, en pleno entusiasmo republicano, esa costumbre perduró en nuestros países, y la idea de que Europa era superior no sólo en su cultura, sino incluso en su humanidad y hasta en su naturaleza, continuó siendo el principal obstáculo para que viéramos realmente el mundo al que pertenecíamos y para que aprendiéramos a descubrir sus riquezas y a proyectar sus potencialidades en función de nuestra comunidad y de nuestro propio equilibrio.

Un naturalista romántico

Tras la búsqueda de la canela y de las otras especias, la colonización de América significó el comienzo de la colonización del mundo en gran escala por parte de las potencias de Europa, fenómeno que por fortuna parece haber terminado, pues, como decía Felipe González hace poco en Bogotá, después de las primeras décadas del siglo XX, ninguna aventura de conquista territorial se ha abierto camino. Es algo muy sabido que una de las causas del colonialismo fue el agotamiento de las reservas naturales en los países que habían emprendido el camino de la Revolución Industrial. Salvo si se trata de un artista, como Gauguin o Stevenson, o de un pensador, ningún europeo parece dispuesto a irse a vivir a Latinoamérica, Asia o África sin que medien importantes expectativas económicas. Éstas tenían que ver, sobre todo, con la búsqueda de materias primas o de productos escasos y preciosos.

Sin embargo, al tiempo que la codicia de Europa descubría en el mundo aquellos recursos de los que carecía, también la inteligencia de Europa y la sensibilidad de Europa empezaron a descubrir en el mundo otras cosas. Por eso es importante hablar de Alexander Humboldt. El viaje del naturalista alemán por las tierras de América, que puede rastrearse casi en cualquier mapa detallado (porque los pueblos agradecidos dieron su nombre a bahías, llanuras, montañas, lagos, especies de la flora nativa y hasta a una corriente oceánica del Pacífico), no sólo dejó reconocidos para la ciencia vastos territorios y cuantiosos recursos, sino que iluminó al sabio alemán en su proceso de construcción de la geografía moderna y en la elaboración del libro *Cosmos*, una de

las obras fundadoras de una nueva sensibilidad ante la naturaleza, donde empezó a madurar la tesis de que nuestro planeta es una suerte de organismo viviente en el que todo depende de todo.

Humboldt era un héroe romántico, como Byron y Bolívar, pero en tanto que éstos acogieron como su principal inspiración la lucha por la libertad y la idea de la República, Humboldt, hijo a la vez de Goethe y de Rousseau, buscaba en la naturaleza respuestas más hondas a los enigmas del mundo, al punto de dejar escrita esta declaración de fe en el profundo orden del orbe natural: "El viajero que recorre el globo, como el historiador que remonta el curso de los siglos, tiene siempre ante sí el mismo cuadro desolador de los conflictos de la especie humana. Es por eso que, testigo de las disensiones permanentes de los pueblos, todo aquel que aspira a los serenos regocijos del espíritu ama hundir su mirada en la vida apacible de los vegetales y en los resortes misteriosos del poder fecundante de la naturaleza; o bien, abandonándose a ese instinto innato que está en su corazón, alza los ojos, poseído por una intuición sagrada, hacia el firmamento, donde los astros, en una inalterable armonía, prosiguen su giro eterno".

Así, a fines del siglo XVIII, una generación de escritores y artistas europeos profundamente influidos por la Ilustración empezaron a argumentar la necesidad de un nuevo tipo de relación con la naturaleza, que abandonara la obsesión por el lucro y tuviera en cuenta la riqueza de sentidos que la naturaleza tiene para nosotros, como proveedora de bienestar al mismo tiempo que como objeto de reflexión, fuente de serenidad, manantial de belleza para la contemplación y la gratitud, e incluso como objeto sagrado. Los hijos de Kant y de Rousseau advirtieron que las indudables virtudes de la sociedad industrial, científica y tecnológica, que comenzaba a arrebatarle asombrosos descubrimientos al universo natural y emprendía una descomunal transformación del mundo, así como se mostraba plena de promesas de bienestar y felicidad para los pueblos, estaba también llena de amenazas y peligros. Hoy, esas amenazas y esos peligros no son ya intuiciones en la mente de unos cuantos seres sensibles e inspirados. sino evidencias abrumadoras que proyectan su sombra sobre el agua y la vegetación, sobre la salud de los manantiales y sobre el equilibrio del clima planetario.

Hölderlin: una nueva mitología

Tal vez ninguna obra sea tan notable en esos términos como la de Friedrich Hölderlin —compañero de estudios de Hegel y de Schelling—, quien intentó, en la aurora del siglo XIX, proponer a la humanidad una mitología nueva, que aliando la razón con la inspiración nos protegiera de las nubes que se cernían sobre la civilización. Se diría que la poesía de Hölderlin no estaba destinada a los hombres de su tiempo. Lo que expresaba tenía que sonar extraño e incomprensible en las mentes de muchos de ellos, porque Hölderlin estaba viendo lo que se insinuaba en el horizonte de los tiempos por el triunfo del racionalismo y de la técnica, por el envanecimiento del hom-

bre ante sus propias realizaciones y méritos. Le bastó mirar a la sociedad de aquella época para ver hacia dónde se dirigía el mundo: por el talento singular de conocer ciertas leyes, dominar ciertas técnicas e inventar ciertas máquinas, una humanidad envanecida y trágica se creería dueña del mundo, autorizada a saquear y depredar; convertiría su propia comodidad en el fin último de la historia; tendería a perder el respeto por lo misterioso y lo desconocido, a perder la memoria de sus orígenes y a abandonar todo sentido de lo sagrado y de lo divino.

Hölderlin advirtió cómo, exaltándose en enemigo de las otras especies, el hombre estaba en condiciones de convertirse en un profanador de la naturaleza y en un peligro para sí mismo y para su propia descendencia. Parecía presentir lo que tiempo después Pablo Neruda testimonió en un verso abrumador: "La tierra hizo del hombre su castigo". Todas aquellas cosas estaban ya escritas en el corazón de la civilización y en los signos de los tiempos, pero ningún otro las leyó de modo tan perceptivo, ni las reveló de manera a la vez tan refinada y tan bella. Y cuando Hölderlin comenzó a transmitir todo ello en el lenguaje puro de la clarividencia y del canto, su música no tuvo eco en las almas de sus contemporáneos, hasta el punto de que ni siquiera sus amigos más cercanos percibieron del todo lo que allí había de advertencia y de grito. Los poemas de Hölderlin, como los de casi ningún otro poeta de los últimos siglos en Occidente, están hechos para recuperar un sentido del habitar en el mundo que nuestro tiempo ha ido perdiendo en forma creciente, y para responder a ese peligro que avanza sobre la civilización, que usurpa el lugar de la civilización, y que nos va convirtiendo a los humanos en extranjeros en nuestro propio mundo.

Pero, ¿cómo podría alguien cuyo único instrumento son las palabras alcanzar con sus manos ese bien, más poderoso y sin duda más peligroso que las armas y que las riquezas? "Más fuerte que los fuertes / es el que los comprende", escribió Hölderlin en algún lugar de su obra. A su alrededor había seres fuertes y poderosos; él era tímido y frágil, se sentía impuro, casi indigno de los dones del agua y de la música. Pero incontables seres fuertes y poderosos han sido cubiertos por el musgo del tiempo, y Hölderlin, que va ascendiendo hacia lo alto del cielo de la historia, y que gana cada día un lugar en el corazón de los vivos, apenas comienza a cantar.

Yo diría que Hölderlin no escribió para los hombres del siglo XIX. Me parece que escribió más para nosotros, humanos de comienzos del siglo XXI, ya que sus palabras han empezado a sernos comprensibles. Y han empezado a serlo porque aquello que el poeta advertía en sus cantos no está ya insinuado como nubarrones en el horizonte de los tiempos, sino que se está convirtiendo cada vez más en el centro y en el corazón de la historia. Lenta y progresivamente, los viejos dioses apartaron su rostro de nosotros; lenta y poderosamente también, el dios cristiano, el último signo de la divinidad en Occidente, ha ido desdibujándose en la crisis de los valores y en la irrupción de un incontenible caos histórico. Podríamos decir que ya lo hu-

mano está solo, en un mundo despojado de sacralidad. Es fácil para cualquiera percibir que los bosques no son hoy aquellos de la leyenda y de la memoria, sino sólo recursos naturales que mira y saquea la codicia; que los ríos dejaron hace mucho de ser un espejo del tiempo, una imagen del destino y la evocación de unas fuentes puras, y son ahora medios de transporte y recursos energéticos. Para muchos ya se ha borrado toda diferencia entre lo divino y lo humano, y el mundo se transforma irremediablemente en una bodega en manos de unos seres indescifrables que se sienten aptos para decidir sobre la vida y la muerte, sobre el destino de las especies, sobre la naturaleza y el futuro.

Las heridas de la insensatez humana

No deja de inquietarnos la posibilidad de que la insensatez humana haya podido vulnerar los principios divinos del mundo. En tiempos de la Roma imperial, Propercio escribió en una de sus elegías: "Nuestros combates no han herido a ninguna deidad". Aquel verso sugería que los humanos podemos vivir un trágico destino de rivalidad y de conflictos, de esfuerzos y de profanaciones; que es tristemente habitual en el hombre sufrir y matar, pero que otra cosa, más oscura y más grave, es que nuestros combates puedan alterar los fundamentos mismos del mundo, pues tal vez esa herida sí puede abandonarnos a la catástrofe.

Crímenes semejantes no sabríamos siquiera nombrarlos, pero en la obra de Hölderlin se siente continuamente la gravitación de tales peligros, y puede decirse que toda su poesía es un constante recordar que el mundo y el tiempo son nuestro reino, pero también nuestra responsabilidad; que a nuestras manos han sido confiadas las cosas y los símbolos; que nos han sido dados el lenguaje —"el más peligroso de los bienes"—, la memoria —que es la madre de las artes— y el don de presentir, de conmovernos y de compadecer. Y que desdeñando esos dones, con los cuales se construye el sentido de nuestra aventura, una morada verdadera en la Tierra, la humanidad más bien se ha envanecido de sus méritos, de sus conocimientos y de sus destrezas, hasta el punto de convencerse de que fue ella la que hizo el milagro, la que inventó el agua y los colores, el fuego y el amor, las montañas y las tempestades.

Son incontables ya los méritos del hombre, sus conquistas y sus destrezas; incontables sus fábricas y sus máquinas; admirables sus ciencias y sus técnicas. Pero lo más humano de nuestra especie es recordar y conmoverse, es amar y nombrar, es imaginar y crear, es la cordialidad y la gratitud, la multiforme poesía, que percibe lo bello y lo terrible, lo sagrado y lo divino del mundo, y lo convierte, como ha escrito Borges, "en una música, un rumor y un símbolo". Por eso, cuando Hölderlin escribió aquellos versos: "Lleno de méritos está el hombre, mas no por ellos, sino por la poesía, hace de esta tierra su morada", también estaba advirtiéndonos contra el peligro de que este culto de la humanidad moderna por los méritos nos hiciera olvidar los dones más elementales que hemos recibido, nos hiciera olvidar que sólo po-

dremos florecer como especie si admitimos que nuestra vida está sujeta a otro reino, si no intentamos exaltarnos en árbitros y amos absolutos del mundo. Otros traducen así aquellos versos: "Lleno de méritos, pero poéticamente habita el hombre".

Y el sentido es el mismo: aunque sean nuestros méritos, no podemos construir nuestra morada sólo por la razón y por la técnica, o sea, por el conocimiento, la dominación y la transformación del mundo, porque la humanidad necesita habitar respetuosamente en él; habitar desde la gratitud y desde el asombro, desde la capacidad de conmoverse y la voluntad de celebrar lo que existe. El agua embotellada es un mérito, pero el agua es un don. Estamos llenos de méritos, de inventos milagrosos. Sin embargo, para decirlo con plenitud, la especie humana puede sobrevivir sin prodigios electrónicos, mas no puede sobrevivir sin agua; puede sobrevivir sin aviones, mas no puede sobrevivir sin un aire respirable. Por eso, por grandes que sean nuestros méritos, nuestra mayor responsabilidad es el mundo que hemos recibido, la compleja e inexplicable realidad que no somos capaces de hacer. Y la nuestra es la época en que la industria sólo le canta a lo que el hombre crea y transforma, pero al mismo tiempo irrespeta y degrada todo aquello que hemos recibido: el agua y el aire, los bosques y los sentimientos. "El mar está sujeto a otro reino", ha escrito el gran poeta norteamericano John Peale Bishop. Y Hölderlin cantó, al final de sus tiempos, que las criaturas sólo persisten en lo que son y alcanzan su plenitud porque se acogen a los poderes de los que dependen: "También la flor es bella porque florece bajo el sol".

Nuevos pecados capitales: guerra, polución y consumismo

Muchos han advertido que el patético egoísmo de nuestra cultura occidental, y sobre todo de lo que hoy expresivamente se llama "sociedad de consumo", es un peligro para el mundo. Aldous Huxley, en sus conferencias de Santa Bárbara, hace medio siglo, lo declaraba con alarma. Y así lo hicieron elocuentemente desde D. H. Lawrence, en su libro *Apocalipsis*, y Ernesto Sabato, en sus discursos sobre la sociedad tecnológica, hasta Frederick Pohl e Isaac Asimov, en su tremendo libro *La ira de la tierra*. No sólo crecen la basura y la trivialidad, un hastío que necesita cada vez estímulos más poderosos, y un horrible comercio de soledad y de muerte, sino que en los corazones y en los tejidos hasta la voluntad de sobrevivir está flaqueando. Ya son tan evidentes, en buena parte del mundo, los males que hace dos siglos nadie advertía, que las estrofas de Hölderlin se van haciendo diáfanas como el agua. A comienzos del siglo XIX, Goethe y Schiller no llegaron a comprender lo que significaban estos versos que hoy cualquiera de nosotros puede apreciar y amar, cuando nos dijo que los dioses, los grandes poderes que nutren el mundo,

> no pueden sentir nada por sí mismos,
> y por ello es preciso (si hablar me
> es permitido)
> que en nombre de los dioses otro se
> compadezca y se conmueva,
> y es a este ser a quien ellos reclaman.

Pero a aquel que pretenda igualarse
a los dioses
y abolir frente a ellos todas las
diferencias,
a ese ciego orgulloso sus leyes lo
condenan
a hacerse el destructor de su propia
morada,
a ser el enemigo de su amor más
profundo
y a arrojar padres e hijos en sepucros
de escombros.

Difícilmente hallaríamos, en este mundo sitiado por la polución, por el negocio de la guerra y por la cultura de lo desechable, una definición más precisa del hombre contemporáneo.

Los U'wa y la sabiduría de las águilas

Y no deja de ser curioso que esas reflexiones de lo más granado de la inteligencia y la sensibilidad europeas coincidan con la actitud que tienen hacia la naturaleza los pueblos indígenas de muchas regiones de América. En 1983, la antropóloga inglesa Ann Osborn escuchó en la Sierra Nevada del Cocuy, en territorio colombiano, a los habladores de la comunidad de los U'wa narrar el mito del *vuelo de las tijeretas*. Notó que la simple enumeración de unas palabras en un ritmo monocorde iba sumiendo a la comunidad en una especie de éxtasis. *Shishara, Shakira, Karowa, Thakuma, Bekana, Raiayna, O'runa, Beragdrira, Th'thumbria, Yokumbria, Akatra, Barima, Ithkwitra, Okitra, Sherina, Botruna, Bukwarina, Barawiya, Sherowiya, Waiyana*… Quiso saber qué significaban aquellas palabras, y descubrió que se trataba de la denominación de lugares precisos. Quiso saber si esa secuencia correspondía a una ruta trazada sobre la tierra, y visitando los sitios los halló sembrados de menhires antiguos. La larga enumeración era un recorrido por los límites del territorio ancestral de los U'wa, y el mito constituía una suerte de mapa detallado de colinas, arroyos, bosques, peñascos y valles. Pero ese hallazgo geográfico no bastaba para explicar la emoción de la comunidad ante el hablador. Entonces, los nativos le contaron que ese mismo recorrido es el que realizan cada año las águilas tijeretas. Estas águilas migratorias, cuyo nombre científico es *Elanoides forficatus*, vuelan cada año desde el sur de los Estados Unidos hasta el norte de la Argentina, y al pasar por el territorio de los U'wa descienden y lo circunscriben siguiendo exactamente la enumeración del mito. Para los nativos, los remotos padres de los padres llegaron con las águilas desde el Norte, y recibieron de ellas el suelo sagrado que habitan. Sienten que pertenecen a la tierra: son hijos de las águilas y de los árboles, tienen mitos para sus bosques, sus aves, sus ríos y sus peces, y también para las demás criaturas que pueblan su región. Su poesía evidencia un alto grado de refinamiento verbal, una civilización poética arraigada en el mundo físico, no extraviada o exaltada en abstracciones. Han reconocido y nombrado minuciosamente su territorio, con nombres que no son meros indicios para facilitar su orientación, sino que representan una consagración y un vínculo. Han hecho del lenguaje un instrumento para ordenar y sacralizar el mundo, y no otra cosa reclamaban de la poesía,

pero incomprendidos y solitarios, Hölderlin y Novalis.

La fidelidad a los orígenes

Mucho se ha hablado en Alemania de la originalidad de la voz de Hölderlin. Digamos que en Hölderlin la originalidad consiste en la fidelidad a los orígenes; es decir, no lo más nuevo, sino lo más viejo, lo intemporal y tal vez lo eterno. Esa pureza de su voz es como la pureza de un manantial, nos permite suponer que su canto brota de una fuente cristalina. Tal vez Hölderlin ve al mundo en su pureza original; por eso puede advertir, más fácilmente que ningún otro, que algo está pervirtiendo esa pureza, y escribir: "Lo que nace de una fuente pura es un misterio. Y ni siquiera el canto lo puede revelar".

Yo creo que Hölderlin veía el mundo como lo vieron los hombres de la antigüedad. Esto es común en los pueblos nativos de todo el planeta, en numerosos pueblos de África y de América, que no han sido inscriptos en el orden de la civilización occidental; pero es bastante extraño en un joven alemán del siglo XVIII. Nacido en 1770, en pleno siglo del racionalismo, desde niño percibió lo sagrado del mundo, su poder de dar alegría y zozobra. También podría decirse que esto es frecuente en los niños, pues, como dijo Norah Borges, los niños son anteriores al cristianismo; pero entonces hay que explicar qué fue lo que hizo que Hölderlin pudiera resguardar ese tesoro de su infancia y llegar a la edad adulta sin haber perdido la capacidad de percibir y de valorar la pureza del mundo. En un poema dice de sí mismo que no lo educaron las escuelas, sino el rumor de las arboledas; que entendía las aguas y los vientos, pero que nunca entendió, en cambio, las palabras del hombre. Aprendió a apreciar los dones antes que los méritos, y sintió que para el hombre la fidelidad a un destino sugerido por la naturaleza era mejor que la elección de un rumbo hecho de arrogancia y de saber.

Temprano sintió también que el principal deber humano es la gratitud, porque ésta supone sujetarse a los poderes que proveen y sustentan. En uno de sus poemas nos dice que antes de que su madre lo tomara en sus brazos y lo nutriera con su seno, ya el aire lo rodeaba suavemente y, antes que nada, vertía un vino celestial, un soplo sagrado, en su corazón que nacía. El éter era, pues, su padre. Y ya que nadie puede vivir solamente de los alimentos terrestres, ahí está ese espacio luminoso, ese ser cordial proveyendo un alimento incesante, transparente y sutil, sin el cual la vida sería imposible. Casi nos hace sentir que el aire, el éter, gracias a ese don continuo de sutileza y transparencia, hace sutil y transparente nuestro espíritu.

Una unión que da frutos

Es asombroso que todavía hoy se desprecie y se descalifique el saber que los pueblos tienen de su entorno. Los mitos de los U'wa de la Sierra Nevada del Cocuy y de los Koguis de la Sierra Nevada de Santa Marta, que no son maneras de interpretar la naturaleza, sino maneras de vivir en ella con profundo sentido de la responsabi-

lidad, reconocen la riqueza de significados del mundo natural y celebran complejas ceremonias de alianza y de intercambio que es prioritario considerar hoy, cuando la actitud meramente utilitaria, lucrativa e irreflexiva de la sociedad industrial amenaza con hacer colapsar el universo natural en tantas regiones del mundo. Por ello, es urgente preguntarnos cómo, a pesar de la sabiduría de los pueblos nativos en todas las regiones del mundo, de sus mitologías y de los innumerables conocimientos adquiridos por la observación a través de los siglos, hemos terminado construyendo una idea del desarrollo fundada en la imitación de modelos ilustres y la subordinación de unas regiones a las prioridades de otras. Wa-llace Stevens escribió: "Un vestido rojo de la región de Llhasa es un elemento invisible de la región de Llhasa, vuelto visible".

Tal vez sólo los pueblos nativos de las distintas regiones del mundo puedan comprender cabalmente estas palabras, que hablan con sutileza de esa realidad profunda que hace que los materiales de cierta región se conviertan en juncos para navegar, y los de otra, en abanicos para enfrentar el calor; que hacen que en una región se inventen ciertos licores y en otra ciertos tejidos; que hacen de la labor humana, en suma, un diálogo con los climas, con los materiales, con los espíritus del lugar. En toda reflexión acerca de las relaciones entre la naturaleza y la cultura habría que tener en cuenta, principalmente, esa sabiduría, acumulada por siglos de experiencia, que hace que los esquimales tengan veinte palabras para nombrar la blancura, que los tuareg utilicen otras tantas para nombrar los matices de la arena en el corazón del desierto, que los árabes hayan erigido toda una arquitectura para divinizar el agua escasa y preciosa, que los chamanes amazónicos hayan depurado largamente los métodos para descubrir las virtudes curativas de las plantas en la región de mayor biodiversidad del mundo, para hacer que en sus órdenes de percepción las plantas enseñen a conocer a las plantas. Lo que no ven los ojos presurosos de la rentabilidad, sino los ojos amorosos de la familiaridad, es el modo de vivir en el mundo de incontables seres humanos a los que la codicia, muy a menudo, aparta y expulsa porque son demasiado lentos para los trenes del comercio, demasiado contemplativos para los ciclos de la industria, demasiado pasivos para los camellos ciegos de la acumulación.

Allí se entiende, más que en ninguna otra parte, la diferencia entre los descubridores y los conquistadores, la eterna dificultad de los conquistadores de antes y de ahora para ver realmente el mundo americano, para proyectar sus posibilidades a partir de su verdadera riqueza y de su verdadera fragilidad, para entender mejor las relaciones entre naturaleza y sociedad en nuestro complejo mundo mestizo. Curiosamente, la aplicación por décadas de un modelo de desarrollo urbanizador e industrializador, acaso lleno de buenas intenciones pero profundamente indiferente al saber de las comunidades con respecto a su entorno y a los delicados equilibrios naturales, ha ahondado la pobreza y la dependencia en muchos rincones del mundo,

al tiempo que propicia la deforestación y la degradación del entorno.

Un ejemplo para no imitar

La prosperidad material de algunos pueblos ha creado la ilusión, consentida por éstos y aceptada dócilmente por los otros, de que hay un único camino para alcanzar el equilibrio político, la paz social y la prosperidad material, y es imitar ciegamente a los países prósperos, seguir sus pautas y tratar de ceñirse a los pasos de su evolución. América Latina es el ejemplo perfecto de un mundo riquísimo en términos naturales y culturales, cuya principal limitación radica en el esquema mental que ha adoptado, los paradigmas y los objetivos que se ha trazado. Ya para nadie es un secreto que la excesiva veneración por Europa no sólo ha sido nuestro orgullo, sino también nuestra desgracia. En Colombia, mi país, llegó a ser tan enfermiza esa veneración, que Miguel Antonio Caro, el humanista y poeta que redactó la Constitución Política que rigió al país durante más de cien años, hasta 1991, procuraba hablar sólo en latín bajo los alcaparros florecidos de la Sabana de Bogotá, y no traducía, como otros eruditos, las obras de los poetas latinos a las lenguas modernas, sino las obras de los poetas de las lenguas modernas al latín. ¿Cómo podría un hombre así comprender a un país equinoccial, con ríos de caimanes y espléndidas selvas biodiversas cuyos árboles hay que nombrar con palabras indígenas? ¿Cómo podría entender la importancia de los pueblos nativos y de sus culturas alguien que en el siglo XIX seguía pensando, como los conquistadores, que las comunidades indígenas eran reductos de atraso y de barbarie a las que había que entregar a los cuidados piadosos pero desintegradores de las congregaciones eclesiásticas?

El siglo XX, con sus disciplinas científicas, su curiosidad, su amplitud mental, sus audacias estéticas, ha cambiado mucho la mirada que arrojamos sobre nosotros mismos. Desde la conquista española, en efecto, habíamos aprendido a ver nuestro entorno natural como una realidad indócil y agreste, carente de todas esas bellezas y virtudes que ennoblecen el suelo europeo. Y ni siquiera el viaje revelador del barón de Humboldt —que pasó por nuestros países viendo lo que todos habían mirado pero nadie había visto, midiendo, admirando, descubriendo—, ni los viajes de los deslumbrados viajeros del siglo XIX, ni las fugas míticas de Gauguin, de Stevenson y de Rimbaud hacia la promesa paradisíaca de las tierras vírgenes, nos ayudaron a mirar con menos desgano nuestra naturaleza. Habíamos aprendido a ver el componente indígena y africano como una limitación, y en los ministerios los teóricos racistas elaboraban míseras teorías sobre las taras de nuestro mestizaje.

Sin embargo, "mestizaje" era la palabra clave para nuestro indispensable redescubrimiento de América. La América Latina, llena de admiración por las proezas sociales, industriales y técnicas de los Estados Unidos, muchas veces convirtió a esta gran nación en el indiscutible modelo a imitar en la búsqueda del desarrollo, olvidando a menudo las enormes diferencias que hay entre las dos culturas del con-

tinente. Si algo no se dio en este país del Norte fue un mestizaje de lo europeo con lo americano; y tampoco fue muy visible, a pesar del desdichado Joe Christmas de Faulkner, una mulatería que fusionara la sangre anglosajona con la africana. Aquí, el elemento indígena fue ignorado en el proceso de construcción de las instituciones, y dejado solamente a la nostalgia de los eruditos, a la inspiración de poetas como Longfellow, a algún párrafo sugestivo de las novelas de Sinclair Lewis. Acá se dio, más bien, una suerte de sublimación de la postura indígena hacia la vida en el culto por la naturaleza que caracterizó a los dos grandes poetas del siglo XIX: Walt Whitman y Emily Dickinson. En su veneración por la naturaleza y en su alegre desconfianza hacia la ciencia y la técnica; en su desnuda religión personal y en su adoración de giro pagano por el cuerpo; en su culto de la sencilla camaradería y en su exaltación del nomadismo y de la austeridad, Whitman habla como si fuera el último indio de Norteamérica. Y el tipo de ocupación del territorio que aquí se cumplió hizo posible, desde el comienzo, postular la igualdad universal de los seres libres, que eran básicamente los inmigrantes de Europa.

Nuestro mestizaje, sumado a la larga acumulación de fortunas y privilegios de los vástagos de Europa a lo largo de la colonia, y de esos criollos arrogantes que procuraban diferenciarse de sus congéneres, parecía postular la desigualdad, y fue el propio Humboldt quien dijo que, dada esa enquistada estratificación colonial, sería muy difícil lograr que todos los americanos de las naciones del Sur llegáramos a vernos un día como conciudadanos. Ello sólo significa que teníamos desafíos específicos y tareas singulares que afrontar. Bolívar habló de la necesidad de tener gobiernos paternales que se preocuparan por superar las jerarquizaciones heredadas de la colonia y buscar la básica igualdad ante la ley que es el fundamento de la democracia. Pero todo ello sólo podía cumplirse si no perdíamos de vista lo singular y lo específico de nuestra composición, si no jugábamos a ser como estos pueblos que no tenían mestizaje, que no tenían el peso colonial de las castas. Nada más dañino que ser ciegos ante la naturaleza a la hora de definir nuestras prioridades, y olvidar culpablemente nuestros desafíos para dedicarnos a imitar en vano la dinámica de otros pueblos. Pero a eso se redujeron por mucho tiempo nuestras pautas de desarrollo.

Nos hicimos productores de oro y de perlas, de azúcar y de ganado, de petróleo y de banano, de café y de drogas ilícitas, gobernados por la necesidad de satisfacer a las metrópolis antes que a nuestra propia comunidad; permitimos que realidades más ilustres trazaran nuestras prioridades; postergamos la urgente tarea de construir una comunidad solidaria a partir de nuestras identidades fragmentadas. Todavía hoy es alarmante la estratificación de nuestros pueblos, y los gobiernos prefieren asumir como inmodificable esa pirámide de privilegios y exclusiones, y hasta aprovecharse de ella para definir sus estrategias fiscales y policiales, sin advertir que esa ceguera ante la injusticia es el fermento de la insolidaridad y el germen de la violencia

social.

La globalización, un diálogo entre tradiciones

Hoy se habla sin cesar de globalización, y esa idea ha engendrado en muchos la ilusión de un arte global, libre de la tutela de las tradiciones locales. Sin embargo, habría que decir que hasta ahora toda cultura fue local, que el arte sólo ha sabido encontrar lo universal en lo local, y en el rostro de cada uno lo que es de todos. ¿Cómo hace Homero para conmover a gentes de todas las culturas y de todas las épocas contándoles sobre la cólera y la astucia de sus griegos de la Edad de Bronce? Su tema no puede ser más local, pero no hay ser humano que no se sienta representado allí. Local es la aventura de *Don Quijote* por los campos de La Mancha; local, el viaje de Dante por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, encontrándose en ellos con los grandes personajes de Florencia y Pistoya, y buscando a una muchacha de su pueblo; local, la búsqueda del tiempo perdido de Marcel Proust; y hasta la novela que exalta los laberintos físicos y mentales de la gran cosmópolis moderna, el *Ulises* de Joyce, es un recorrido en busca del universo por la pequeña Dublín de comienzos del siglo XX. Lo que tenemos en común, a despecho de toda nuestra diversidad, se expresa con más vigor desde una perspectiva situada en ciertos paisajes precisos, en ciertas costumbres, en una relación viva con un mundo. Y la gran obra cosmopolita, como *El Aleph* de Borges, no es más que el diálogo de las tradiciones, la convergencia de todas las fuentes en un prisma donde procuran existir "sin superposición y sin transparencia". La globalización no puede ser entendida como una renuncia a la tradición, sino como un diálogo entre tradiciones. El diálogo entre la tradición musical africana y los instrumentos occidentales que caracterizó en sus orígenes al jazz; el diálogo del Londres babélico del siglo XIX con las técnicas de los pintores de la Edad Media, que fue la Hermandad Prerrafaelita; el diálogo de la abstracción europea con el arte ceremonial africano que derivó en el cubismo; el diálogo triple del surrealismo con el vitalismo ruso y con la tradición indígena americana que produjo el muralismo mexicano: toda fusión inventa tradiciones.

Ahora sabemos por qué los pueblos indígenas se aferraron tan obstinadamente a su interpretación de la naturaleza como fuente de vida, como morada, como recinto del pensamiento y como estímulo de la imaginación; ahora sabemos por qué lo más elevado del pensamiento y la sensibilidad europeos después de la Ilustración volvió a invocar a la naturaleza, con su riqueza de sentidos, como la fuente de toda lucidez y de toda supervivencia: la desaparición de la naturaleza, en el discurso de los teóricos y de los técnicos, está siendo avasalladoramente reemplazada por el discurso omnipresente del medio ambiente y de la bodega planetaria de recursos. Pero los filósofos saben que no sobreviviremos si no reservamos en la naturaleza un espacio para la acción, un espacio para el deseo y un espacio para la imaginación. Y también lo saben los poetas, los artistas y los pueblos nativos de todas las regiones del mun-

do. Quién sabe cuánto tiempo tardará en descubrirlo la industria, que siempre muestra, como decía Estanislao Zuleta, la mayor racionalidad en el detalle y la mayor irracionalidad en el conjunto. Y cuánto tardará en descubrirlo la política, tan olvidada hoy de que lo que la hizo grande, en los momentos más importantes de la historia, no fue la búsqueda del poder para unos grupos, sino la búsqueda de felicidad para incontables seres humanos.

William Ospina (Tolima, Colombia, 1954) es ensayista, poeta y traductor. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Santiago de Cali, pero ha trabajado como publicista y periodista. Ha dictado conferencias y ofrecido lecturas de su obra en distintas capitales del mundo. En 1992 recibió el Premio Nacional de Literatura, que entrega el Instituto Colombiano de Cultura, por su libro de poemas *El país del viento*. Realizó la traducción de *Tres Cuentos*, de Gustave Flaubert. Es socio fundador de la revista "Número", y en 2003 le fue otorgado el Premio Casa de las Américas (ensayo).

Fotografía: Unidad de Fotografía del BID
Edición: Rolando Trozzi
Diseño: Andrea Leonelli

Otras publicaciones de la Serie *Encuentros*:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
  Diálogo con José Donoso, novelista chileno, autor de *Casa de Campo*.
  No. 1, marzo de 1993.

- *Cómo empezó la historia de América*
  Germán Arciniegas, periodista, historiador y diplomático colombiano.
  No. 2, abril de 1993.

- *Año internacional de los pueblos indígenas*
  Rigoberta Menchú, líder indígena guatemalteca y Premio Nóbel de la Paz en 1992.
  No. 3, octubre de 1993.

- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
  Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.
  No. 4, marzo de 1994.

- *El Paraguay en sus artes plásticas*
  Annick Sanjurjo Casciero, historiadora paraguaya.
  No. 5, marzo de 1994.

- *El porvenir del drama*
  Alfonso Sastre, dramaturgo español.
  No. 6, abril de 1994.

- *Del baile popular a la danza clásica*
  Edward Villella, bailarín estadounidense, director artístico del Ballet de la Ciudad de Miami.
  No. 7, agosto de 1994.

- *Belice: una perspectiva literaria*
  Zee Edgell, novelista beliceña, autora de *Beka Lamb*.
  No. 8, setiembre de 1994.

- *El desarrollo de la escultura en la Escuela Quiteña*
  Magdalena Gallegos de Donoso, antropóloga ecuatoriana.
  No. 9, octubre de 1994.

- *Arte en contexto: estética, ambiente y función en las artes de Japón*
  Ann Yonemura, curadora norteamericana de arte japonés de las Galerías Freer y Sackler de la Institución Smithsonian.
  No. 10, marzo de 1995.

- *Hacia el fin del milenio*
  Homero Aridjis, poeta mexicano, ganador del Premio Global 500 de las Naciones Unidas.
  No. 11, setiembre de 1995.

- *Haití: una experiencia de dos culturas*
  Edwidge Danticat, novelista haitiana, autora de *Krik! Krak!*
  No. 12, diciembre de 1995.

- *Los significados del milenio*
  Bernard McGinn, teólogo norteamericano de la Universidad de Chicago.
  No. 13, enero de 1996.

- *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad (siglos XVI - XVIII)*
  Manuel Burga, sociólogo peruano de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
  No. 14, febrero de 1996.

- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha por el poder interpretativo*
  Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la Universidad de Stanford.
  No. 15, marzo de 1996.

- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl.*
  David Carrasco, historiador norteamericano de la Universidad de Princeton.
  No. 16, junio de 1996.

- *El mesianismo en el Brasil:notas de un antropólogo social*
  Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame.
  No. 17, setiembre de 1996.

- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*
  Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York.
  No. 18, noviembre de 1996.

- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*
  Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano.
  No. 19, marzo de 1997.

- *Sociedad y poesía: los enmantados*
  Roberto Sosa, poeta hondureño.
  No. 20, mayo de 1997.

- *La arquitectura como un proceso viviente*
  Douglas Cardinal, arquitecto canadiense del Museo Nacional del Indio Americano en Washington D.C.
  No. 21, julio de 1997.

- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*
  Daniel Catán, compositor mexicano de ópera, incluyendo *Florencia en el Amazonas*.
  No. 22, agosto de 1997.

- *La bienvenida mutua: transformación cultural del Caribe en el siglo XXI*
  Earl Lovelace, novelista de Trinidad y Tobago y ganador del premio de la Mancomunidad Británica para Escritores en 1997.
  No. 23, enero de 1998.

- *De vuelta del silencio*
  Albalucía Angel, novelista colombiana, pionera del posmodernismo latinoamericano.
  No. 24, abril de 1998.

- *Cómo se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina.*
  Roberto Suro, periodista estadounidense del *Washington Post* en Washington, D. C.
  No. 25, mayo de 1998.

- *La iconografía de la cerámica pintada del norte de los Andes*
  Felipe Cárdenas-Arroyo, arqueólogo colombiano de la Universidad de Los Andes en Bogotá.
  No. 26, julio de 1998.

- *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson*
  Cynthia McLeod, novelista surinamesa y autora de *El caro precio del azúcar*.
  No. 27, agosto de 1998.

- *Un país, una década*
  Salvador Garmendia, escritor venezolano, ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura.
  No. 28, setiembre de 1998.

- *Aspectos de creación en la novela centroamericana*
  Gloria Guardia, escritora panameña, miembro de la Academia Española en Panamá.
  No. 29, setiembre de 1998.

- *Hecho en Guyana*
  Fred D'Aguiar, novelista guyanés, ganador de los Premios Whitbread, Obras de Ficción y Malcolm X de Poesía.
  No. 30, noviembre de 1998.

- *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria*
  Sergio Ramírez, escritor nicaragüense, Vicepresidente de su país, autor de *Margarita, está linda la mar*.
  No. 31, mayo de 1999.

- *Mito, historia y ficción en América Latina*
  Tomás Eloy Martínez, escritor argentino, autor de *Santa Evita*.
  No. 32, mayo de 1999.

- *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*
  Leopoldo Castedo, historiador español-chileno.
  No. 33, setiembre de 1999.

- *El Salvador y la construcción de la identidad cultural*
  Miguel Huezo Mixco, periodista y poeta salvadoreño.
  No. 34, octubre de 1999.

- *La memoria femenina en la narrativa*
  Nélida Piñon, novelista brasileña, autora de *República de los sueños*.
  No. 35, noviembre 1999.

- *Le Grand Tango: la vida y la música de Astor Piazzolla*
  María Susana Azzi, antropóloga cultural argentina y miembro del directorio de la Academia Nacional del Tango en Buenos Aires.
  No. 36, mayo de 2000.

- *El fantasma de Colón: el turismo, el arte y la identidad nacional en las Bahamas*
  Ian Gregory Strachan, profesor de inglés en la Universidad de Massachusetts en Dartmouth, y autor de la novela *God's Angry Babies*.
  No. 37, junio de 2000.

- *El arte de contar cuentos: un breve repaso a la tradición oral de las Bahamas*
  Patricia Glinton-Meicholas, presidenta fundadora de la Asociación de Estudios Culturales de las Bahamas, y ganadora de la Medalla Independence de Bodas de Plata en Literatura.
  No. 38, julio de 2000.

- *Fuentes anónimas: una charla sobre traductores y traducción*
  Eliot Weinberger, editor y traductor de Octavio Paz, y ganador del premio PEN/Kolovakos por su labor como promotor de la literatura hispánica en los Estados Unidos.
  No. 39, noviembre de 2000.

- *Trayendo el arco iris a casa: el multiculturalismo en Canadá*
  Roch Carrier, director del Consejo Canadiense para las Artes (1994-1997), y el cuarto Director de la Biblioteca Nacional de su país.
  No. 40, febrero de 2001.

- *Una luz al costado del mundo*
  Wade Davis, explorador residente de la National Geographic Society y autor de *The Serpent and the Rainbow* [La serpiente y el arco iris] y *One River* [Un río].
  No. 41, marzo de 2001.

- *Como nueces de castaña: escritoras y cantantes del Caribe de habla francesa*
  Branda F. Berrian, profesora de la Universidad de Pittsburg y autora del libro *That's the Way It Is: African American Women in the New South Africa.*
  No. 42, julio de 2001.

- *El capital cultural y su impacto en el desarrollo*
  Camilo Herrera, sociólogo colombiano; en 2000 fundó y dirige el Centro de Estudios Culturales para el Desarrollo Político, Económico y Social, en Bogotá.
  No. 43a, octubre de 2001.

- *La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales*
  Basado en el artículo de Ronald Inglehart, profesor de Ciencias Políticas y director de Programa en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan.; y Wayne E. Baker, y profesor asociado en el Instituto de Investigación Social.
  No. 43b, febrero de 2002.

- *Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina*
  Néstor García Canclini, destacado filósofo y antropólogo argentino, ganador del Premio Casa de la Américas (1981) y director del programa de Estudios Culturales Urbanos en la UNAM, Iztapalapa, México.
  No. 43c, abril de 2002.

- "Downtown" *Paraíso: reflexiones sobre identidad en Centroamérica*
  Julio Escoto, novelista hondureño ganador del Premio Nacional de Literatura (1974), el Premio Gabriel Miró de España (1983) y el Premio José Cecilio del Valle de Honduras (1990).
  No. 44, enero de 2002.

- *El arte y los nuevos medios en Italia*
  Maria Grazia Mattei, con notas del artista Fabrizio Plessi. La Dra. Mattei es una experta en las nuevas tecnologías de la comunicación; en 1995, fundó *MGM Digital Communication*, un estudio de investigación y desarrollo especializado en la cultura digital en la ciudad de Milán.
  No. 45, febrero 2002.

- *Definiendo el espacio público: la arquitectura en una época de consumo compulsivo*
  Rafael Viñoly, arquitecto uruguayo, finalista en el concurso de diseño del nuevo "World Trade Center" y diseñador de la nueva expansión del "John F. Kennedy Center for the Performing Arts" en Washington DC.
  No. 46, mayo de 2003.

- *Artesanías y mercancías: las tallas oaxaqueñas en madera*
  Michael Chibnik, profesor de Antropología de la Universidad de Iowa, conferencia basada en su libro *Crafting Tradition: The Making and Marketing of Oaxacan Wood Carving*, University of Texas Press, 2002.
  No. 47, mayo de 2003.

○ *Educación y cuidadanía en la era global*
Fernando Savater, filósofo y novelista español, y catedrático de Etica en la Universidad Complutense de Madrid.
No. 48, octubre de 2003.

○ *Ecología cultural en las Américas*
Cristián Samper, Director del Museo Nacional de Historia Natural de la Institución Smithsonian en Washington DC; y ocupó el cargo de consejero científico principal en el Ministerio del Ambiente en Colombia.
No. 49, diciembre de 2003.

○ *El puesto sustantivo de la ética en el desarrollo de América Latina*
Salomón Lerner, catedrático de filosofía de la Pontificia Universidad Católica del Perú y rector de esta institución desde 1994. En 2003, le fue otorgado el Premio Nacional de Derechos Humanos "Ángel Escobar Jurado".
No. 50a, abril de 2004.

○ *Convicciones que sabotean el progreso*
Marcos Aguinis, Secretario de Cultura de la Nación en Argentina. Creó el Programa Nacional de Democratización de la Cultura; recibió el Premio Planeta de España y el Gran Premio de Honor por la totalidad de su obra de la Sociedad Argentina de Escritores.
No. 50b, junio de 2004.

○ *La dificultad de decir la verdad*
Darío Ruiz Gómez, crítico de arte, desarrollo urbano y literatura. Ha publicado libros de cuentos, crítica literaria y arquitectura, y además una novela *Hojas en el patio*.
No. 50c, octubre de 2004.

○ *Hölderlin y los U'wa: una reflexión sobre la naturaleza y la cultura frente al desarrollo*
William Ospina, ensayista, poeta y traductor. En 1992 recibió el Premio Nacional de Literatura del Instituto Colombiano de Cultura, y en 2003 le fue otorgado el Premio Casa de las Américas.
No. 51, julio de 2004.

○ Versiones en inglés y en español

La Serie Encuentros *es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.*

Banco Interamericano de Desarrollo
CENTRO CULTURAL DEL BID

1300 New York Avenue, N.W.
Washington, D.C. 20577
Estados Unidos de América

Tel: (202) 623-3774
Fax: (202) 623-3192
IDBCC@iadb.org
www.iadb.org/cultural